

SENTIDO AMERICANO DE LA OBRA DE HOSTOS*

JOSÉ EMILIO GONZÁLEZ**

EN el volumen de las *Obras Completas* de Eugenio María de Hostos, titulado *La cuna de América*, hay toda una sección dedicada a "El Descubrimiento y el Descubridor".¹ En esa sección, que incluye aproximadamente 160 páginas, aparecen una oda épica llamada "El nacimiento del Nuevo Mundo" y una serie de ensayos sobre América y Colón. Interpreta Eugenio María de Hostos el significado y las implicaciones del Descubridor.

El Descubrimiento marcó el nacimiento de un mundo nuevo, del cual, según Hostos, "se han derivado las transformaciones que desde entonces ha estado realizando la Civilización" (X, pág. 14). Señala que "tan pronto como Colón lo recorrió, el Atlántico fue un elemento de civilización" (*Loc. cit.*). Y añade: "Este, el primero de los grandes beneficios con que saludó América a la Historia, desde el primer momento equivalió a un aumento de fuerza física para la Humanidad" (X, págs. 14-15).

Con estas palabras, Hostos destaca un hecho sobre el cual no se ha insistido bastante: que el descubrimiento de América constituyó la más completa de las revoluciones mundiales, puesto que afectó, de manera inmediata, a todo el planeta. El Descubrimiento cambia toda la faz de la tierra, inaugura una época en la historia humana. Europa que era eje y centro del mundo valorativo de Occidente se ve relegada, en la perspectiva geográfica, al papel de mero apéndice de Asia. Fue una especie de revolución copernicana de la geografía. Ante la vastedad continental de América, Europa adquiere un vago carácter provinciano. Comienza a girar como un satélite fascinado alrededor de

* Palabras pronunciadas en el Ateneo Puertorriqueño el Día del Descubrimiento, 12 de octubre de 1961.

** Profesor de la Universidad de Puerto Rico y Director de la Librería Universitaria.

¹ Todas las referencias se hacen a las *Obras Completas*, edición conmemorativa del gobierno de Puerto Rico, 20 vols. (La Habana Cultural, S. A., 1939). Se indica el número del volumen y la página. Para una relación de títulos usados, véase al final.

esta nueva masa planetaria, que es América. Hay un desplazamiento de interés hacia América y ésta, como recalca Hostos, entra en la Civilización, o sea en la Cultura Occidental, y en la Historia de esta cultura. Pero también, como alguien ha señalado, América descubre a Europa. Cesa la virginidad aislada de América, que se deja fecundar por las corrientes europeas. La Tierra se ensancha para abarcar en su seno al Nuevo Mundo y al Mundo Viejo en diálogos de guerra y paz.

En un párrafo preñado de observaciones, Hostos apunta a las consecuencias más importantes del Descubrimiento: "La posesión de dos océanos; la apropiación de dos continentes, el Nuevo y el marítimo; el aumento de la población del planeta por el aumento de los elementos de alimentación con que América ha proveído al mundo: el maíz, la pa, el cacao y el azúcar; la formación de más de veinte nuevas naciones incluyendo el Canadá y Australia; el crecimiento de la industria de transporte marítimo: desde el fuste, la carabela y la carraca, hasta el clipper, el vapor de ríos y el de mar; la dilatación del comercio desde los mares cerrados de Europa y desde los litorales, incomunicados entre sí, de China, India, Persia y Europa, al océano abierto y a las costas de todo el mundo comercial; el desarrollo de la industria fabril, desde la fuerza mecánica del brazo, hasta la fuerza propulsora de los dos agentes físicos más poderosos que el hombre ha logrado poner a su servicio; la dilatación de la patria, desde el lugar en que nace cualquier hombre, hasta el hogar que elige; el aumento de todas las fuerzas productivas, y la transformación de la vida humana, en cuanto instinto, en cuanto razón, en cuanto orden, en cuanto conciencia, en cuanto libertad" (X, pág. 39). Es un proceso de enriquecimiento del hombre cuya característica más resaltante es que establece la posibilidad de la verdadera universalización de aquél.

Con América aparece en la historia "un continente entero" donde se da asilo a "millones de europeos", con una organización política "basada en la igualdad de todos los derechos", con un orden jurídico que promueve la iniciativa individual, con un orden social que asegura "la paz religiosa", con igualdad de soberanías, con una historia original, con una humanidad puesta a vivir racionalmente, con la promesa más brillante de una "nueva civilización" (X, págs. 38-39).

América es un hecho nuevo, pululante de nuevas posibilidades. Y América va a ser uno de los puntos focales de interés de Eugenio María de Hostos. En su vida personal podemos seguir el contorno de un movimiento que lo llevará más y más a adentrarse en la vida y en el ser de América. Me propongo aquí dibujar, a grandes pinceladas, la silueta de ese movimiento.

Como hombre nacido en una tierra americana sometida a la férula

de España, Hostos reflejó en sus primeros años la actitud típicamente colonial del que está pendiente de la Metrópolis. América hacía siglos que había caído víctima de los imperialismos europeos y los hijos de los colonos recibían aquella educación que los llevaba a volver los ojos hacia todo lo que pasaba en la Metrópolis, desentendiéndose de su medio americano. Hoy pasa lo mismo en Puerto Rico con respecto a los Estados Unidos. Hostos no fue una excepción y lo vemos pensando en conquistar glorias literarias en España con su novela *La peregrinación de Bayoán*. También, cuando va a estudiar derecho en la Península, piensa que colaborando con los grupos revolucionarios y liberales conseguirá que éstos tomen las decisiones para que se resuelvan los problemas políticos de Cuba y Puerto Rico. El 6 de agosto de 1868 anota en su *Diario*: "Vine a Europa para conquistar un renombre literario. Las virtudes y los vicios de mi carácter le impidieron brotar tan poderosamente como yo necesitaba. Mediante el renombre, quería yo independencia personal, trabajo suficiente para asegurarla, y posición política para servir a mi país. Ni posición, ni trabajo, ni independencia" (I, pág. 68). Pero que Hostos no era una mentalidad colonial totalmente entregada, lo prueba su inquietud constante con la cuestión de la libertad de las Antillas, con la hermandad de éstas, que se vierte en su novela *La peregrinación de Bayoán*, y su desconfianza de España. En la entrada de su *Diario* que he citado agrega: "Desconfianza de España, políticamente, para hoy, para mañana y para siempre: desconfianza de sus políticos, muñecos movidos por pasión, no por ideas, perpetuos espejos de sí mismos que allí ven el bien general donde vislubran el suyo... Desconfianza de esos hombres que sufriendo en su patria la ignominia o maldiciéndola en la emigración, sólo tienen improperios para el país donde nacieron. Desconfianza de la revolución, porque no será una renovación" (I, pág. 69). Luego, reprochará a España su soberbia y apatía "dos vicios que se patentizan en toda su historia colonial" (*Diario*, I, pág. 121). Esta desconfianza sufrió su golpe confirmativo en su entrevista con el general Serrano, jefe del gobierno español, cuando éste hizo clara su intolerancia e incomprensión hacia los puntos de vista antillanos de Hostos. Desilusionado, el combatiente por la libertad se marchará a Nueva York.

En un ensayo titulado "La América Latina", con que da principio el volumen VII de sus *Obras Completas*, Hostos formula varias críticas al punto de vista europeo. Dice que no ha habido una sociedad "más calumniada por la ignorancia y por la maledicencia que la del Nuevo Mundo" (VII, pág. 9). Acusa a Alemania de "cometer la torpeza" de poner obstáculos a la emigración de sus ciudadanos

a América, a Francia y a Inglaterra de hacer insensatas demostraciones de fuerza frente a países indefensos y a sus diplomáticos de protestar contra las leyes de pueblos soberanos. Y se pregunta: "¿Quién da a los europeos el derecho de juzgar de la vida americana con el criterio de la vida europea?" ¿Pueden los hombres fieles a las viejas tradiciones monárquicas comprender el espíritu republicano de los pueblos del Nuevo Mundo? (VII, pág. 10). Y agrega: "¿Con qué derecho puede Europa reírse de sociedades embrionarias, que si no tienen fuerza suficiente para imponer un derecho común de gentes, tienen lógica bastante para no adulterar la forma de gobierno que adoptaron?" (VII, 12). Pone énfasis en que para que se produjera el fruto maduro de la civilización europea tuvieron que pasar muchos siglos y, en cambio, se les pide a pueblos nuevos que logren tan altos niveles en pocos años. En el fondo, lo que Hostos le echa en cara a Europa es la exterioridad de sus puntos de vista sobre el mundo americano, su infundado orgullo y su falta de respeto a la dignidad de los hombres y de las naciones de América. A la vez les indica a los europeos que tienen el tejado de vidrio puesto que ellos, al cabo de diecinueve centurias, no han extirpado la ignorancia y la barbarie. Aporta prueba al canto con "el suplicio de Polonia, la sujeción de Creta, el martirio de Cuba, la horrenda represión de los comunistas franceses por los versallistas, el frénésí de los mismos comuneros, la misma guerra franco-prusiana, todo el período revolucionario de España, la inconcebible p̄potencia de los carlistas. . ." (VII, pág. 12). ¿Qué diría Hostos si hubiera presenciado la Primera y la Segunda Guerras Mundiales, los horrores de los campos de concentración y la manufactura desenfrenada de bombas atómicas y de hidrógeno?

Pero esto no quiere decir que Hostos repudiara todo lo europeo. Como buen americano se daba cuenta de que esto es imposible. En el Nuevo Mundo, como ya se ha señalado, se realizaron los sueños más puros del pensamiento liberal. América necesita de Europa porque ésta es fuente de ideas seminales. Hostos estudia a Comte, a Spencer, a Vico. Su positivismo es de raigambre europea; también sus ideales revolucionarios. Su racionalismo es de filiación helénica. Se mantiene en contacto con los grandes pensadores y escritores de Occidente. Toda su formación intelectual es europea. No solamente ésto, sino que Hostos no se desentiende de lo que está ocurriendo en Europa; por la cita que he hecho se puede comprobar. Comenta sobre los acontecimientos históricos europeos de su tiempo. Se percata, pues, de la importancia y significación de Europa como factor operante en la historia.

Sin embargo, lo cierto es que Hostos abandona Europa en 1868 y se dirige a Nueva York puestas las esperanzas en los revoluciona-

rios que en aquella ciudad conspiraban por libertar a Cuba y Puerto Rico. Va a comenzar una nueva etapa en la vida de Hostos. Va a comenzar su peregrinación americana. Europa ha quedado a sus espaldas, definitivamente y, aunque de vez en cuando girará su cabeza en aquella dirección, su mira está puesta en América.

A Nueva York, como es bien sabido, llega este joven americano, relativamente desconocido, con la cabeza bullidora de planes revolucionarios, pero es recibido con frialdad, incluso con sospechas, por los dirigentes de la emigración antillana. Los celos, los chismes, las mezquindades, las discordias hacen de la emigración un hervidero de pasiones encontradas. Este hombre que pone la razón por delante y el ideal sobre todo les parece un vanidoso, un trepador, un ambicioso por posiciones de liderato. Para peor, Hostos descubre que muchos de los emigrantes no quieren en realidad la libertad de su patria sino la anexión de ésta a los Estados Unidos. Descubre que tiene a un nuevo enemigo a quien combatir: el anexionismo. Betances, el espíritu más grande con quien se encuentra, establece una distancia entre ellos que Hostos no logra salvar. De esta división entre los dirigentes sólo pueden sacar ventaja los enemigos de la independencia de Cuba y Puerto Rico.

En medio de todas sus miserias físicas, económicas y políticas, Hostos apenas si obtiene un poco de consuelo en la compañía de Cara y Carolina, dos damas de Cartagena, Colombia, a quienes visita con frecuencia. Hostos termina por enamorarse de Carolina, pero ésta tiene pronto que partir hacia su patria. No sabemos hasta qué punto este alejamiento influyó en la decisión de Hostos de hacer un recorrido por la América del Sur. Sea de ello lo que fuere, no cabe duda que el ambiente hostil de la emigración revolucionaria de Nueva York lo impulsó a buscar campos más amplios para su acción en favor de la libertad de las Antillas. Pero, mirándolo todo retrospectivamente ahora, debo pensar que lo llevó a hacer el viaje también el deseo de conocer a América, la curiosidad por ese Nuevo Mundo del que apenas había rozado la piel.

No voy a hacer aquí un relato de las jornadas americanas de Hostos. Todos están enterados de que visitó Perú, Chile, Argentina, Brasil, Venezuela y Santo Domingo. Todos saben que vivió por un breve período en Lima, por muchos años en Chile, que se casó en Venezuela y que residió también por muchos años en Santo Domingo, donde habría de morir. Cuando Hostos se internó por los caminos de América llevaba consigo sus agudas dotes de observador, su perceptible inteligencia y su excepcional capacidad para meditar en torno a los problemas y circunstancias que se le presentaban. De toda esa vasta

experiencia, me interesa subrayar aquí la imagen que de América se hizo Hostos y las significaciones que arrancó a su contacto con ella.

¿Qué es América para Hostos? Comenzaré por destacar que Hostos se siente un patriota americano y al decírnoslo bosqueja el sentido de la misión que realiza. En su artículo sobre Sao Paulo, que forma parte del volumen *Mi viaje al Sur*, declara: "Sea posible o imposible la patria americana, yo soy un patriota americano que, guiado por el amor de la justicia y aspirando a la absoluta imparcialidad, estudia en la carne viva de estas sociedades de secreto de su vida pasada, presente y venidera, para morir seguro de que alboreará para la humanidad el día de una nueva civilización, y de que ese día tiene por otro el Continente en que se funden todas las razas y todas las ideas" (VI, pág. 392). Concibe, pues, a América como una gran patria, a la que se siente leal, y de esta lealtad se desprende la necesidad de estudiarla, de conocerla a fondo, no sólo en su pasado sino en la carne viva de su presente, para soñarla como la cuna de una nueva civilización. Su punto de vista es continental, como lo demuestra el incidente que tiene con un argentino que le reprochaba su interpretación de Chile. "Porque, señor —nos cuenta Hostos que le contestó— Ud. ha visto con ojos de argentino y yo veo con ojos de americano de todo el Continente" (VII, pág. 335).

¿Cómo ve Hostos a América? Para él es, en primer lugar, el continente calumniado por excelencia; ya he hecho cita al efecto. La incompreensión de Europa y de los Estados Unidos rodea a la América Latina. En su artículo sobre "La condición jurídica de los extranjeros en el Perú", que figura en el volumen *Hombres e ideas*, Hostos exhorta a la tarea urgente de desenmascarar la calumnia (VII, pág. 78). Y esto sólo puede hacerse puntualizando verdades; estudiando y conociendo la realidad de América.

Hostos esboza la tarea en uno de sus artículos sobre el Perú. Precisa buscar los fundamentos racionales en que se basan los juicios sobre América. Hay que describir "los antecedentes políticos, sociales, intelectuales, morales, económicos y administrativos de esos pueblos"; investigar las causas de los hechos, escudriñar "los desarrollos del comercio, los esfuerzos del crédito, los adelantos de la agricultura, las tentativas de la industria, los progresos del pensamiento público en la administración, en las relaciones políticas, en la literatura, en las costumbres"; comparar el presente con el pasado; en fin, obtener un conocimiento total de las fuerzas y factores que han contribuido a cuajar ese fruto único y nuevo: América. (Véase VII, pág. 112).

Para conocer a América y poder juzgarla hay que recorrerla paso a paso, como hizo Hostos, verla con los propios ojos en su relieve

físico y en su topografía psíquica, oírle conversar en las esquinas y en los recodos de las veredas campestres, dialogar con ella bajo la efigie del indio en cualquier aldea peruana, del huaso y del roto chileno, del gaucho pampeano, del negro brasileño. Hay que contemplarla en su lujurioso paisaje tropical, en los rípidos ventisqueros de los Andes, en la infinita perspectiva de sus llanuras inmensas. Hay que sentirla en la palpitación de sus ciudades —como lo hizo Hostos en Lima—, en la apasionada retórica de sus líderes, en el fragor de la muchedumbre encrespada que pide libertad o en el enigmático silencio del indígena de los altiplanos. En fin, para conocer a América hay que amarla, porque sólo en el amor pueden las cosas y los seres entregarnos sus más íntimos secretos.

No es el sueño de un romántico que idealiza desmesuradamente a su objeto. Hostos no hurta el cuerpo a las más crudas realidades. Se encara a ellas resueltamente porque sabe que sólo de esa manera puede comenzarse a poner remedio. Hostos ve una de las raíces de los males de América en el hecho de que, a pesar de que América logró independizarse del poder político colonial, subsistió en ella "el sistema nefasto de la colonia". América siguió siendo una sociedad colonial, nos dice en uno de sus artículos sobre el Perú: "Los mismos que la habían sostenido en los días de la esclavitud territorial eran los que se habían apoderado del gobierno, y cada hombre de progreso y libertad que el pueblo lograba imponer, era hechura de una revolución, de un alzamiento militar, de un motín de encrucijada, efímero en el poder como el entusiasmo que se lo había dado, impotente como el pueblo para contrarrestar con fuerzas ciegas las conservadoras de la clase privilegiada" (VII, pág. 42). La madre España transmitió a sus hijas su carácter, su tradicionalismo, su fanatismo religioso y político (Véanse VII, pág. 156; VI, págs. 274, 292). De ahí se derivaron dos males: la pereza social y la perversión intelectual.

El imperialismo español fomentó la ignorancia de las masas y estimuló la estratificación rígida de las clases sociales, convirtiendo a unos en aristócratas explotadores y a otros en peones embrutecidos. Consecuencia de ello fue la estrechez de miras, el cerrilismo de alma, la consagración de lo mezquino. De ahí parte esa "división moral de los latinoamericanos" que tanto deplora Hostos, su angosto "amor propio local", que cebará a los nacionalismos más absurdos (VI, pág. 270). México y Venezuela "se consagran en luchas fratricidas", Buenos Aires combate contra las provincias, Chile, Perú y Bolivia se hacen la guerra, Paraguay y Uruguay "viven en el desasosiego con que sistemáticamente los perturba una ambición obstinada" (VIII, pág. 111-112). Y aunque Hostos condena a los que juzgan superficialmen-

te a América, exagerando sus defectos, no deja de reconocer un grano de verdad en lo que dicen, pero insiste en la necesidad de comprensión y simpatía: "Los que conocen la historia colonial y la nacional del Continente, saben por qué todo él, con todas sus fracciones, se ha formado enfermizamente, se ha desarrollado morbosamente y constituye en la actualidad un caso de patología social. Esos no juzgarán jamás sin íntima benevolencia a estas sociedades convalecientes" (VII, pág. 113).

Utiliza Hostos la famosa frase de Francisco Bilbao "los Estados Desunidos de la América Latina", pero es para recalcar el imperativo moral de su unión. La lucha histórica de América ha sido muy ardua; sus problemas sociales, agudísimos. En ella, tres razas madres "han regado con su sangre el Continente". Los aborígenes cuando no fueron exterminados, fueron envilecidos. Los negros han gemido —y gemían aún en el Brasil— bajo "el látigo y la cadena del esclavo". En el Perú los chinos y los cholos padecen vergonzosa explotación. (Véase X, pág. 16; VII, págs. 147 y 152). De tanta injusticia y de tanta angustia saldrían forzosamente los más tremendos conflictos.

En América hay que vencer a la hostilidad del indio "por los instrumentos de la paz", hay que superar la inercia del tradicionalismo por el trabajo de la razón; hay que fecundar al desierto con el ímpetu civilizador; hay que colonizar con inmigrantes; hay que poblar y engrandecer (VI, pág. 266). Hay que acabar también con el estigma de la esclavitud negra, con "el inicuo menosprecio en que se sume a la casta esclavizada" (VI, págs. 381 y 391). Hay que constituir verdaderas sociedades, allí donde el régimen colonial sólo "dejó grupos humanos que carecían totalmente de la noción de su personalidad"; hay que fundar pueblos allí donde sólo existen poblaciones heterogéneas; hay que restaurar el equilibrio intelectual allí donde imperan la ignorancia, el prejuicio y el fanatismo; hay que inculcar en las masas el sentido del derecho, el sentimiento de la dignidad humana y la noción de libertad (VII, pág. 44). Y, sobre todo, hay que educar, que civilizar. La nueva idea de una patria americana, de la unidad fundamental del Continente, debe sustituir en las cabezas y en los corazones a los nacionalismos de campanario.

Eugenio María de Hostos se adentra por el Perú, por Chile, por la Argentina, por el Brasil, por Santo Domingo haciendo un análisis implacable de los males sociales, económicos y políticos que afectan a esos países. Pero lo hace no en la actitud del que condena y desdén, sino del médico que hunde el escalpelo para extraer el tumor y cortarlo. Este médico ama a su paciente y quiere salvarlo para la vida.

Porque en América hay también muchas cosas buenas. Ahí es-

tá su maravillosa naturaleza, fuente de abundancia sin término. Ahí está la vastedad de sus espacios vacíos, que ofrecen ilimitadas oportunidades de creación. América no tendrá un rico pasado histórico, como Europa, pero se halla libre de la opresión de ese pasado. América es, sobre todo, tierra abocada al porvenir: infinita posibilidad. Tierra futurista, por excelencia.

En la misma barbarie de América hay una energía nueva. El hombre americano, humillado por el sistema colonial, no sucumbió. Como nos dice Hostos, hablándonos del gaucho, ese sistema "no había mellado lo mejor y lo más puro que hay en él: su alma humana, nativamente generosa y buena, ansiosa de pruebas para su virtud, anhelante de ocasión para su heroicidad" (VII, págs. 85-86). En el fondo de los pueblos subyugados late un anhelo de libertad. La lucha por la Independencia desata en ellos "el sentimiento, el entusiasmo y la pasión de la patria nueva" (*Loc. cit.*)

Todo le interesa a Hostos en estos nuevos pueblos. El escenario físico donde se desarrollan. Con ojos amorosos va descubriendo su geografía. Describe cómo se aproxima la costa del Perú. En sus viajes por Chile despliega ante nuestros ojos las colinas, los valles, la vegetación, las ciudades y la épica muralla andina. Cuando penetra en Argentina nos da sus impresiones de la pampa. Quiere conocer a América en sus detalles más nimios. No se sacia de contemplar y de admirar su variada y riquísima naturaleza, donde románticamente percibe un aliento de libertad. Sólo daré un ejemplo para que gocemos cómo Hostos sentía a la naturaleza americana. He aquí un paisaje tropical del Brasil:

"Allá en la cima de la quebrada, el follaje estelar de la palmera; allí, en el fondo de la cima, las hojas abundantes del plátano amigo; acá, al alcance de mi mano, el fruto en otro tiempo codiciado del guayabo, el árbol del pan y del papagayo; sobre mi frente sudosora, las ramas protectoras del mango; en el piso saliente del peñasco, en la base imperceptible de la roca, alrededor de ese tronco desecado, los mismos arabescos vegetales, la misma ornamentación de la naturaleza que tantas veces me ha presentado el modelo de una nueva arquitectura en los bosques sagrados de la patria. El mismo sol centelleante, la misma mar resplandeciente, el mismo firmamento deslumbrante, y sobre todo, el aire, el mismo aire libre, el mismo aire de libertad que daba pulmones a mi conciencia para clamar libertad y reclamarla, que daba conciencia a mis pulmones cuando embriagándose en el ambiente de las selvas querían respirar y respirar la independencia" (VI, pág. 383). Párrafo que merecería un análisis cuidadoso, con su movimiento desde lo más inmediato y concreto a lo más abstracto y

abierto, si tuviera tiempo para ello. La naturaleza americana es una cantera inagotable que, trabajada por los hijos de este Continente, debe proveer los materiales y las obras para una nueva civilización.

Hostos tiene plena fe de que esa civilización habrá de superar a la del Viejo Mundo. Sin negar la grandeza de las realizaciones europeas, Hostos confía en que la epopeya de América desembocará en creaciones más altas. Con acento profético declara: "Pero un día será cierto en la Historia de la Literatura universal, que el Descubrimiento, la Independencia, la vida compendiada de toda la humanidad en América y el ideal americano de una civilización universal, son elementos épicos tan superiores a todos los utilizados por los poetas épicos de Europa y Asia, como es más humana, más extensa, más completa la vida del Nuevo Continente" (X, pág. 18).

Ya América ha hecho importantes aportes al progreso del mundo. Con ser tan joven ha rendido bienes indiscutibles: "Los servicios que, con sólo ser venero de materia poética y estética, ha hecho a las Bellas Artes el Nuevo Continente, no pueden todavía pesar tanto en la gratitud del mundo, como los servicios que le ha hecho con la aplicación del vapor al movimiento, con la aplicación de la electricidad a la comunicación del pensamiento y los sentidos, o con la omnímoda aplicación de las ciencias a las artes de la vida, y es natural que estos servicios materiales sean mejor apreciados que aquellos servicios intelectuales y morales" (*Loc. cit.*). Recordemos las consecuencias del Descubrimiento a que nos referíamos al principio de este trabajo. Pero los dos servicios más grandes, a juicio de Hostos, han sido el descubrimiento del Pacífico, que abrió el camino a "la fusión de razas en una misma civilización" y el descubrimiento del ideal de Federación, "la unión de todas las naciones". Y vuelve a profetizar que por estos dos beneficios "harán de América el centro de gravedad del mundo, el fundamento de todas las civilizaciones, el seno común de la Humanidad del porvenir (X, pág. 19). La misión universal de América es completar la civilización llevando a la realidad cabal aquellas dos magnas ideas (I, pág. 284). Y a sus queridas Antillas, Hostos asigna el rol de ser, políticamente, "el fiel de la balanza, el verdadero lazo federal de la gigantesca federación del porvenir; social, *humanamente*, el centro natural de las fusiones, el crisol definitivo de las razas" (I, pág. 285; ver también págs. 147-148, 191, 221, 251).

América, es, pues, para Hostos, aquel sitio del espacio y del tiempo en que puede cumplirse la unidad esencial del género humano; donde los hombres pueden cuajar su auténtica fraternidad y donde los pueblos pueden hallar a su existencia un sentido universal. "Patria universal del ser humano, del trabajo humano, del pensamiento hu-

mano, de la conciencia humana", la llama (VII, pág. 269). Sostiene que existe una nacionalidad latinoamericana; que todos los nacidos y criados en este continente son hermanos (VI, pág. 275; XIV, pág. 46). El mismo confiesa: "Yo no tengo patria en el pedazo de tierra en que nació mi cuerpo; pero mi alma se ha hecho de todo el Continente latinoamericano una patria intelectual, que amo más cuanto más la conozco y compadezco, que entonces amaba como ahora, que anhelaba servir como lo anhele ahora" (VI, pág. 42). Esta es "la patria grande", la que se proyecta en empresas cósmicas, la que es y se justifica en la medida en que sirve al ser humano (XIV, pág. 65).

Esta patria despierta en Hostos los fervores más íntimos. Evoca en él los sentimientos más puros. Se transforma en pasión, en espíritu de sacrificio y en altruismo. En su maravillosa oración ante la tumba de Ruiz Belvis en Valparaíso, Hostos se ahinca en "esta religión de la patria americana" y llama a ésta "la gran patria del porvenir" (XIV, pág. 7). Es un "porvenir racional" el que figura, un porvenir que consiste "en la dilatación del progreso mediante la unificación de la raza" (I, pág. 147). Esta fusión es el punto de partida para la tarea civilizadora de América (VII, pág. 153).

¿Qué entiende Hostos por civilización? Entiende por ella no solamente el "conjunto de medios y elementos (materiales y morales, económicos y políticos) adecuados al desarrollo de las sociedades; es también, y especialmente, juicio y criterio de esos elementos y esos medios. En proporción de la generalidad del juicio y de la rectitud del criterio social para apreciar los beneficios de la civilización está ella; y pueblo civilizado es aquel que juzga bien y conoce y aprecia los beneficios que debe a la civilización" (VII, pág. 318; véanse también págs. 88, 218 y 239). Civilización es, por lo tanto, en un primer lugar, armonía de necesidades, medios y fines en una sociedad puramente humana; pero también es conciencia de las relaciones entre esos tres factores y, últimamente, es apreciación valorativa de lo que esa misma civilización constituye. Hostos hace justicia al papel del pensamiento racional en la civilización al paso que reconoce la importancia de una escala de valores que, distribuyendo rangos y funciones, contribuya al máximo desarrollo de una conciencia civilizada.

El ideal de civilización que es, para Hostos, el señero de la americanidad se construye por medio del trabajo, que significa para él la transformación racional axiológica de la realidad, y de la educación. La tarea educativa no sólo confiere orden y sentido a las energías dispersas del hombre, orientándolas creadoramente, sino que señala los puntos cardinales de su horizonte intelectual, y le provee los

instrumentos para que él mismo se abra caminos hacia los más altos valores.

Hostos el viajero, el abanderado de la libertad de las Antillas por tierras de América, se convertirá en educador. Siempre lo fue, es cierto, pero ya enfrentándose más lealmente a su tarea, dedicará largos años de su vida a civilizar, por la escuela y el liceo, a hombres y mujeres de Santo Domingo y Chile. Quiso ayudar a esas naciones a disfrutar la vida plena de la cultura más avanzada. En tales empeños labraba, cuando lo detuvo la muerte.

Para resumir. Hostos impugna el concepto exagerado que de Europa suelen tener los americanos de mentalidad colonial. Esa supervaloración de Europa todavía existe en ciertas regiones de América y, en otras, ha sido substituida por la ciega exaltación de los Estados Unidos. Hostos se percata de que tal extroversión, tal entrega a lo extraño, conlleva lo que hoy llamamos los peligros de la enajenación. Es un estar en lo otro que inhibe el desenvolvimiento de la propia personalidad.

Sin negar todo lo que de válido pueda haber en Europa, Hostos proclama la autonomía del hecho americano. América es una realidad con la que hay que contar. Su mero descubrimiento significa ya una revolución. Aún continente virgen hace sentir su peso en la historia. Es un mundo que podría bastarse a sí mismo, si fuere necesario frente a Europa. Es un mundo inédito, un orbe todavía en formación, pero que posee una fisonomía propia, dueño de recursos inimaginables, individual y único.

El hombre tiene aquí suficientes motivos para colmar su atención. Desde luego que no debe olvidar a Europa, a Asia y a Africa. Pero América, por ser su cuna, su escenario y su destino, debe preocuparle como cuestión de vida o muerte, como tema de supremo interés. Por cuanto tal hombre *es* de América y en ella está inserto, aquí se vuelca sobre sí mismo, para buscar las raíces de su ser, para irradiar desde su propio centro en todas direcciones.

Hay en la figuración que de América hace Hostos una llamada a la autenticidad. Esta, por un lado, nos convoca a ser nosotros mismos —hombres de América con una perspectiva americana— y, por el otro, a contemplar con mirada sincera y penetrante las circunstancias de este ambiente. Debemos conocer a América porque debemos, antes que nada, conocernos. Nadie como Hostos examina críticamente el medio social y la atmósfera moral de América. Pocos, si algunos, han discernido tan cautelosamente el complejo de fuerzas sociológicamente operantes en nuestros países. Sin disponer del refinado aparato conceptual de las ciencias sociales del siglo veinte,

Hostos observa con tino, desnuda lacras, perfora problemas, sugiere soluciones y no hay asunto que quede ileso de su luz inteligente.

El maestro puertorriqueño cree que parte del ser americano es luchar por la justicia, pugnar por la libertad, defender los fueros de la razón frente al fanatismo, al prejuicio y a la ignorancia, estimular y difundir el saber y realizar, cada uno, en la medida de lo posible, los ideales de verdad, bien y belleza. Hostos, como buen americano, ampara al débil frente al poderoso, excita al oprimido contra el opresor, acusa y condena al amo para redimir al esclavo. Baste recordar sus innumerables artículos pregonando la causa de la independencia para Cuba y Puerto Rico, sus palabras vibrantes de indignación ante el cuadro que ofrecen los chinos y los cholos del Perú, los negros del Brasil y sus visiones sobre las gauchos y los huasos y rotos de Chile. En cada uno de sus estudios sobre humillados y ofendidos palpita una honda compasión humana, un anhelo de comprensión y la urgencia de que a cada ser vejado se le restaure su plena dignidad.

El profundo sentimiento ético de Hostos es ancla de su ideal de civilización. El ve a América, en primera instancia, referida a sí misma, pero enseguida la ve también proyectándose en rutas universales. Nunca pierde conciencia Hostos de los nexos que unen a América con la totalidad del mundo. Su ideal no es una América para los americanos, exclusivamente, sino una América para la humanidad. Si América es el continente del futuro es porque en ella el proceso civilizador que se inició en Oriente y Occidente puede lograr su más abarcadora perfección. Si América es promesa es porque casi todo en ella queda por hacer, porque en ella pueden cumplirse las más brillantes posibilidades humanas.

Por último, quisiera insistir en un hecho al que he aludido en otra ocasión. Hostos es el primer puertorriqueño de conciencia continental. El nacido en la estrecha colonia de Borinquen llega a abrazar con su imaginación y su pensamiento la inmensidad de un hemisferio. En Hostos, Puerto Rico descubre a América y se hace sentir como presencia viva en ella. A América, por su parte, se le revela la capacidad de grandeza del puertorriqueño. Hostos alumbró la conciencia de que somos, los puertorriqueños, carne, hueso y espíritu del cuerpo de América. A través de Hostos, América rompe la cerrazón de la colonia, los muros que nos cortan la vista, alargando nuestros ojos y nuestras almas en la vastedad de sus horizontes, estremeciéndonos con la selvática belleza de sus paisajes, alertándonos con el rumor de sus innúmeras ciudades, fecundándonos con los mensajes de sus más nobles pensadores y de sus sensibilidades más finas. Hostos nos enseña a:

ser americanos y nos traza el verdadero rumbo de nuestro destino, integrándonos a la americanidad.

Por todo esto y por mucho más que hizo Hostos, América lo reconoce como a uno de sus grandes maestros. Su nombre luce junto a los Sarmiento, Bello, Ruiz, Barbosa, Bolívar, Alfaro, Juárez y Martí como uno de los guías cimeros de la gran patria americana. Es un fuego que pulsa inmarcesible. Generación tras generación le contemplan y lo siguen para que los oriente en la noche oscura de América. Porque Hostos fue también un descubridor. Según Colón develó la corteza de un continente, Hostos le fue develando las entrañas. Y está siempre en lo alto de nuestras vidas descubriendo mundos nuevos. Este es el sentido americano de su obra.

TITULOS USADOS DE LAS OBRAS COMPLETAS DE E. M. DE HOSTOS

1. *Diario*, Vol. I.
2. *Diario*, Vol. II.
3. *Mi viaje al Sur*, Vol. VI.
4. *Temas sudamericanos*, Vol. VII.
5. *La cuna de América*, Vol. X.
6. *Forjando el porvenir americano*, Vol. XII.
7. *Forjando el porvenir americano*, Vol. XIII.
8. *Hombres e ideas*, Vol. XIV.